

Homilía en los votos en Loyola

Hoy nos aventuramos a celebrar los últimos votos de Miguel Navarro como hermano jesuita y los primeros votos de Manuel como escolar. Es una cita importante para la Compañía, para la vida religiosa y para Iglesia. Ellos se ofrecen a sí mismos, toda su persona, para el Reino. He dicho que nos aventuramos porque se trata no solo de estar presentes hoy aquí en Loyola sino además **vincularnos con la palabra** que ellos pronuncian: junto a ellos, como cristianos y cristianas, nos asomamos a lo que significa apostar por vivir el Evangelio al modo de Jesús, del “dar la vida para ganarla” de otra manera; nos acercamos con agradecimiento a lo que ellos quieren dar y lo que ellos quieren seguir descubriendo en el mundo que vivimos. Y esto nos hace Iglesia, con variedad de llamadas y carismas.

Es difícil dar la palabra, comprometer la palabra hoy, en nuestra sociedad. Dar la palabra es implicar un camino hacia el futuro, es desvelar un modo de vivir que se desea y se presiente en el corazón como feliz y lleno; camino de Ignacio que este año conmemoramos en los Aniversarios. Esa palabra dicha hoy es una vía por la que vivir cada día sin saber las dificultades que encontraremos, las luchas, las incoherencias, los dolores, los pecados. No es suficiente con pronunciarla un día: hay que enlazarla en el corazón cada día, cada instante, cada segundo; como en la lectura de Jeremías en la que no podía separarse de esa Palabra. Y es en el corazón donde se arraiga en un camino por recorrer. Sin corazón, los votos de hoy (y otros) se convierten en ascéticos y funcionales. Sin corazón se puede destruir a la persona en su ser y llevarle a la infelicidad.

Solo con el corazón se viven los votos. Esta palabra se pronuncia como algo personal, que convoca a la misión y con un modo determinado de entregarse. Para cada uno hay una llamada de Dios al corazón, ¿quién dice la gente que es Jesús?. Es una pregunta para buscar el corazón mismo, la entraña profunda de Dios y de cada uno. Cuando la respuesta es **personal**, hay carne, hay espíritu y hay novedad. Tanto Miguel tras 16 años en la Compañía como Manuel tras 2 años, han tenido que tejer un camino individual, de profundización y de conocimiento personal. Vienen con su vida en

Pamplona y en Donosti, con su vida en Córdoba-Argentina y Valencia. También con su modo de ser, su cercanía a otros, su deseo de servir. Para llegar hasta aquí, se ha mirado y re-conocido el don de Dios en su vida: cómo apareció una Palabra (con mayúscula) que experimentaba a Jesús vivo, al modo como Ignacio entre Loyola y Manresa hace 500 años.

Pero esa palabra no es intimista, para encerrarse en cada uno. Es palabra hacia el mundo, en **misión**. De diversas maneras la Iglesia lleva su misión en el mundo. La Compañía quiere "anunciar y ser testigo de la reconciliación que nos ofrece Cristo con otros, con Dios y la creación". Esencialmente es una misión de ser "eucaristía" para otros: entregarse hasta la cruz para reconciliar al mundo; darse para traer el perdón y la paz. Decía Toni Catalá, recientemente fallecido: *(N)os acercamos a la Eucaristía como devoradores, mientras que salimos como donadores. En el cosmos no-transfigurado, prima la necesidad, y la necesidad nos autocentra (...). El Pan ofrecido en la Eucaristía nos recoge en este estadio, en esta hambre primordial, pero una vez convocados, vamos siendo transformados por Él (su Cuerpo entra en nuestro cuerpo para que nuestro cuerpo entre en su Cuerpo), de manera que al concluir la Eucaristía, salimos al mundo como ese Pan que se ofrece y se extiende a través nuestro (CiJ, nº 35, pág.14).*

Los votos antes de la comunión se unen a esta entrega total en la misión: por medio de esas palabras quieren, y queremos, que Cristo entre en nosotros, que nos dé su amor incondicional, que nos soporte en nuestras luchas e incoherencias.

Una misión en camino son estas **palabras con vida que tocan aspectos fundamentales de nuestro ser humano**. Tener solo a Dios. Querer solo a Dios. Dejar el poder solo a Dios. Tener solo a Dios es tratar de ser pobre: como dice el Evangelio de hoy, renunciar a poseer para que otros tengan en escuelas, acompañamiento, cultura, integración,... Querer solo a Dios es tratar de amar totalmente: abrir el corazón a una comunidad en misión con diferentes rostros y perfiles, tratando de ser generoso con el tiempo, con los más frágiles y débiles, unificado afectivamente en Dios para "ser para los demás", sin buscar la propia ventaja (como aparecía en la carta a los Corintios). Dejar el poder solo a Dios es ser disponible para lo que la Compañía y la Iglesia pueda necesitar en su misión: dejar de pensar en la propia realización o centrarse en los propios planes para que sea Dios con esta Compañía la que dé los lugares y modos de esa misión tan universal. Al final, pobreza, castidad y obediencia que son contraculturales y que invitan a dar el tener, el querer y el poder tal como hizo Jesús.

Os invito a vincularnos con la palabra de Manuel y Miguel desde estos Aniversarios Ignacianos: estar con ellos en su entrega, su seguimiento especial de Cristo, su descubrimiento constante de la Palabra de Dios que nos hace Iglesia desde la diversidad. Igual que cada Eucaristía, estamos invitados a vivirla *con su gratuidad desinteresada (que) "nos empuja a ir más allá de lo que es obligatorio, interesante, unilateral, para dar gratuitamente lo que hemos recibido gratis de su amor, nuestros dones y cualidades, nuestra misma persona"* (Kolvenbach, 31 de julio de 2005).

Antonio J. España, sj (provincial)
Loyola, 4 de septiembre de 2021

